

María Isabel Pérez de Tudela y Velasco

“Los hombres de la frontera en los siglos XI a XIII”

p. 119-158

El mundo de los conquistadores

Martín F. Ríos Saloma (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas / Sílex Ediciones

2015

864 p.

Ilustraciones

(Serie Historia General, 34)

ISBN 978-607-02-7530-2 (UNAM)

ISBN 978-84-7737-888-4 (Sílex)

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mundo/conquistadores.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LOS HOMBRES DE LA FRONTERA EN LOS SIGLOS XI A XIII

M^a Isabel PÉREZ DE TUDELA Y VELASCO
Departamento de Historia Medieval
Universidad Complutense de Madrid

CONSIDERACIONES GENERALES

El siglo XI se corresponde con un periodo de extraordinaria eferescencia en el escenario hispano. Durante dicho periodo, el signo de los tiempos va a cambiar de tal manera que el periodo que se abrió con los cristianos parapetados tras la frontera del Duero, tratando de sobreponerse, una y otra vez, a las terribles devastaciones programadas por Almanzor y sus hijos, culminó, sorprendentemente, con los cristianos asentados en los valles del Tajo y el Ebro. Bien es cierto que, a falta de pocos años para que finalizara la décimo primera centuria, la orientación de los acontecimientos vuelve a cambiar y los musulmanes recuperan, al menos por algunas décadas, la iniciativa en el terreno bélico. En otros términos, una parte del siglo XI, así como el XII, incluidas las dos primeras décadas del XIII, se caracterizan por un equilibrio de fuerzas entre cristianos y musulmanes, un equilibrio tan acentuado, tan evidente para los segundos que les animó a mantener la tensión bélica sin apenas momento de descanso. Al otro lado de la frontera la situación y los sentimientos de los cristianos son idénticos; superado el tiempo de euforia que alumbró la conquista del reino de Toledo en 1085, llegaron las etapas sombrías, aquellas en las que la aspiración máxima volvía a ser aprovechar los descuidos musulmanes para asestar algún golpe y cobrar algunas plazas. Si ello no era posible, hacer como en el pasado, tratar de encajar los reveses provenientes del frente enemigo; lo que suponía reordenar incansablemente el



diseño de la frontera. En definitiva, la frontera vive en los siglos XI y el XII si no los momentos de máxima tensión –que también, porque es el tiempo de las grandes batallas en campo abierto-, al menos la más larga etapa de confrontación sostenida y, con excesiva frecuencia, de violencia extrema¹.

Se combate por la tierra de todas las formas posibles: en escaramuzas, cabalgadas, lides campales y grandes batallas. Las iniciativas, de igual forma, están tan bien repartidas que pueden tomarlas tanto los musulmanes como los cristianos; lo mismo los reyes que los particulares. De tal modo que durante los dos siglos que me propongo analizar, la península vive en permanente estado de guerra.

Creo que podemos decir, sin temor a exagerar, que la guerra contra el otro –«el otro» es por antonomasia, el musulmán para el cristiano y el cristiano para el musulmán– ha impregnado, desde luego, la vida de las fronteras a uno y otro lado de sus sucesivos trazados y, además, se ha proyectado sobre la existencia toda de las dos comunidades que se colocan a sus respectivas retaguardias. Indudablemente hay que conectar el fenómeno con la radicalización de posturas consecuencia de la entrada en el escenario hispano de ideologías extremistas, desde luego en el sector islámico, aportadas por los almorávides y almohades, pero también en el ámbito cristiano introducidas por agentes ultra pirenaicos. Sin embargo, esa conexión con idearios externos al ámbito hispano, no es, en sí misma, la única clave explicativa. Conviene recordar que desde los mismos orígenes de ese proceso que nuestra historiografía denomina «Reconquista», se han multiplicado las fronteras «tensas y vibrantes»², en torno a las cuales la tensión bélica

1 Sobre esta época y este territorio, escribió en 1959 el gran hispanista francés Jean Gautier Dalché, un interesantísimo artículo que se tituló: «Islam et chrétienté en Espagne au XII siècle», *Hespéris*, Institut d'Hautes Études Marocaines, Rabat, n. 46 (1959), 3^o et 4^o trimestre, pp. 183-217.

2 En la definición de Juan de Mata Carriazo, «La vida en la frontera de Granada», en *Andalucía medieval. Actas del I Coloquio de Historia de Andalucía*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1978, v. II, p. 279.

también ha sido máxima. Baste evocar la situación del Duero en la época del califato y el programa de destrucciones sistemáticas diseñado por Almanzor y puesto en práctica por él mismo y su hijo Abd al Malik sin ninguna concesión a la piedad.

Ahora bien, el período que vamos a analizar, largo de dos siglos, se inició en el siglo XI con un importante abanico de novedades, tantas y tan significativas que le confieren un nuevo rostro, y como ese rostro fue mudando a lo largo de los decenios, no cabe duda de que nos encontramos ante una de las etapas más interesantes de nuestra historia medieval, al menos, desde perspectivas militares. La centuria siguiente, deudataria, en gran medida, de la anterior, no logró por más esfuerzos que se hicieron de uno y otro lado, terminar con el equilibrio de fuerzas, pero sentó las bases para que la balanza se inclinara del lado cristiano, esta vez definitivamente, en las décadas inaugurales del siglo XIII.

La primera época, la que corresponde al siglo XI, está determinada por la adaptación de los dos bloques —el cristiano y el musulmán— a las nuevas realidades consecuentes a la desintegración del califato cordobés. Así es, pareja a la pérdida de iniciativas por parte de los musulmanes, discurre la asunción de nuevos cometidos del lado cristiano. Y cuando la osadía de estos se plasme en brillantes logros territoriales, el mundo andalusí no verá más alternativa que buscar un aglutinante fuera de los confines peninsulares, en el África articulada por los almorávides. Estos nuevos protagonistas se encargarán de reequilibrar las fuerzas de los rivales y, en consecuencia, de reactivar la contienda pero además, en lo que a nosotros importa, de recalentar la frontera.

No extraña, pues, que las primeras décadas de la decimosegunda centuria se caracterizaran, al decir de la *Crónica del Emperador Alfonso VII*, por las guerras «sumamente encarnizadas»³ que

3 Maurilio Pérez González (ed.), *Crónica del Emperador Alfonso VII*, León, Universidad de León, 1997, lib. II, p. 97, Francisco García Fitz, «La guerra en las fronteras castellano-musulmanas (siglos XI-XIII)», en *Identidad y representación de la frontera en la España medieval*, Madrid, Casa de Velázquez, Universidad Autónoma de Madrid,



enzararon a musulmanes y cristianos a la muerte de Alfonso VI. Pero, en puridad, este período bélico había tenido un antecedente en los quince últimos años del susodicho reinado cuando la amenaza que supuso a la hegemonía cristiana el primer desembarco almorávide diera lugar a una gran batalla —claramente la primera de la «Reconquista»— que costó una sonada derrota al conquistador de Toledo⁴. Y esa será la dinámica hasta la muerte del susodicho rey, una dinámica de golpes y contragolpes que se agravó durante el reinado de su hija Doña Urraca y se prolongó en los primeros años de su nieto, Alfonso el Emperador. El signo de los tiempos cambió —y al principio solo en parte— cuando este, resueltos los problemas intestinos de su reino, pudo dedicar atención prioritaria a las cuestiones de la frontera. Solo entonces los cristianos, bajo el caudillaje real, recobraron la iniciativa en los campos de batalla. De modo que aún cuando los enfrentamientos continúen con resultados de signo vario, pronto intuyeron ambos contendientes que el curso de la guerra iba siendo progresivamente más favorable a los cristianos. Y así, en un vaivén de fronteras, se mantuvo el rumbo de la historia durante la segunda mitad del siglo XII y las primeras décadas del XIII, hasta que los castellanos con apoyos múltiples, sobre todo de origen hispano, lograron propinar a sus contrarios una importante derrota —la de Las Navas de Tolosa— que el tiempo se encargó de demostrar decisiva. Solo entonces Castilla y el resto de los reinos cristianos estuvieron en condiciones de desarrollar un programa de significativos avances territoriales.

En este contexto es en el que hay que inscribir el protagonismo de los hombres de la frontera y de sus capitanes. Veámoslo:

2001, pp. 161 y ss., ya advierte de que los esfuerzos militares de estos años se centraron en dominar espacios concretos, algo que no resultaba fácil dado el equilibrio de fuerzas y la identidad de tácticas y estrategias.

4 La obra clásica es la de Ambrosio Huici Miranda, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, Granada, Universidad de Granada, 2000, 405 p.

EL XI, UN SIGLO BELIGERANTE PROPICIO A LAS INICIATIVAS MILITARES.

La inusitada rapidez con que los cristianos de comienzos del siglo XI aprovecharon la oportunidad que les brindaban las guerras civiles andalusíes para, interviniendo en ellas, restañar las heridas del pasado, evidencia que incluso en las etapas de mayor posterogación se habían estado preparando para el desquite en cuanto las circunstancias les ofrecieran una oportunidad. Es cierto que obrando así no hacían sino mantenerse en la línea de conducta que ellos y los musulmanes venían trazando desde comienzos de la ocupación de España, pero también lo es que castellanos y catalanes al aceptar participar en la *fitna*, estaban perfilando un modelo de comportamiento y una línea de actuación que tendría enorme éxito en las décadas posteriores.

En efecto, tanto el conde de Castilla Sancho García⁵ como los catalanes Ramón Borrell de Barcelona y Armengol de Urgel⁶, se demostraron capaces de acaudillar mesnadas cuya coherencia de grupo era muy superior a la que habían exhibido y exhibían en aquel momento, las huestes del rey de León. Y gracias a esa coherencia, pudieron probar ante propios y extraños que en el ámbito cristiano había sectores sociales y territoriales capaces, a

5 Comenta Derek Lomax, *La Reconquista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 69-72, que «la intervención cristiana, aunque pequeña es posible que fuera vital, ya que las expediciones castellana y catalana de 1009-1010 evitaron la derrota del respectivo cliente y contribuyeron así a que la guerra civil prosiguiese.» Y añade que, en definitiva, los únicos beneficiarios de tales contiendas fueron los cristianos. Véase también Evariste Lévi-Provençal, «España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba», en Ramón Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España*, v. IV, Madrid, Espasa Calpe, 1976, pp. 464-465, y Joaquín Vallvé, *El Califato de Córdoba*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 240.

6 Lévi-Provençal, «España musulmana...», *op. cit.*, pp. 468-470, manejando fuentes musulmanas afirma que la soldada que reclamaron los dos condes consistía en cien piezas de oro diarias para cada uno de ellos y dos dinares para cada soldado, además de garantías respecto del abastecimiento y el botín que se tomara a los bereberes. Amancio Isla Frez, *La Alta Edad Media Siglos VIII-XI*, Madrid, Síntesis, 2002, p. 121, consigna que la campaña, que se saldó con numerosas y significativas pérdidas humanas (entre las que se contará el propio conde de Urgel y algún obispo), reportará, sin embargo, importantes beneficios materiales, de acuerdo a lo elevado de la remuneración exigida por los catalanes. Sin embargo, este autor pasa por alto la intervención de los castellanos en el dramático conflicto andalusí.



pesar de las devastaciones sufridas, de tomar cumplida venganza⁷ de los agravios recibidos de parte de los amiritas en los años precedentes.

Por eso, a la vista de los acontecimientos posteriores y desde la perspectiva que nos dan los siglos transcurridos, me permito afirmar que los condes –tanto el castellano como los catalanes– y sus mesnadas desbrozaron una senda que será la que transiten, a partir de ahora, los hombres de la frontera.

De manera que no sería aventurado pensar que fuera la capacidad de respuesta a las agresiones islámicas exhibida por Castilla desde sus orígenes, y muy especialmente en la coyuntura que estamos analizando, la que moviera a los círculos letrados de los siglos XII y XIII a convertir en héroes a los gestores de la independencia del Condado. Debió de ser en estas centurias cuando cronistas y literatos, en una mirada retrospectiva, reconocieran en sus orígenes las raíces de su presente grandeza militar. Y aunque no se pueden albergar dudas respecto al hecho de que esa mirada crítica se realizara gracias a la existencia de testimonios –escritos y orales– elaborados desde antaño, tampoco las puede haber de que hasta la plena Edad Media la literatura no encontró motivos suficientes para exaltar hasta las cumbres del mito, a las figuras de los condes independientes⁸.

7 Hablo de «venganza», porque ese es el vocablo que utilizan las fuentes medievales, tanto los *Anales Toledanos* («era el mes de noviembre entro el Conde D. Garcia en tierra de Moros hasta Toledo, e fue hasta Cordova e puso de su mano Rey Zulema en el Regno de Cordoba, e con gran vengancia tornose a Castiella en su tierra, Era MLI», *Los Anales toledanos, I y II*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Diputación Provincial de Toledo, 1993, p. 44), como la *Historia de los hechos de España* de Rodrigo Jiménez De Rada, Madrid, Alianza, 1989, lib. V, cap. XIX, p. 211, para referirse a los éxitos del conde Sancho de Castilla en tierra islámica. Hay que hacer notar, con todo, que mientras Jiménez de Rada puntualiza que el conde se venga de la prisión y muerte de su padre, en los *Anales toledanos*, no se contiene especificación alguna, por lo que nos cabe la duda de si se están refiriendo a una afrenta personal, la muerte del anterior conde, o política, las muertes y devastaciones realizadas por los musulmanes en territorio castellano, los tiempos inmediatamente anteriores.

8 Mencionaré a modo de ejemplo que la *Crónica najerense* (citaré, a partir de ahora la edición traducida de Juan A. Estévez Sola, Madrid, Akal, 2003, 214 p.) solo se

Continuando por las sendas de las hipótesis explicativas, entiendo que la operación se proyectó no solo con finalidades políticas –exaltar la génesis de un reino que se estaba convirtiendo en abanderado del proyecto expansivo cristiano– sino también, y sobre todo, militares: porque no habría proyecto expansivo sin contar con caudillos capaces de encarnar la lucha contra el musulmán. Y, probablemente porque los perfiles biográficos de los primeros condes se prestaban a su conversión en referentes militares, esos letrados, muy concretamente los del siglo XIII, otorgaron dimensión literaria a quienes ya gozaban de presencia en el Olimpo popular. Cronistas y versificadores serán los que perfilen la imagen de unos personajes empeñados en la defensa de su tierra castellana, pero con la mente instalada en el porvenir de España entera⁹.

Ese es el rasgo definidor del primer conde de Castilla, Fernán González, sin duda, uno de los grandes personajes del siglo X, pero que hasta el XIII no mereció, junto con el infanzón de Vívar, Rodrigo Díaz, protagonizar uno de los poemas épicos con los que el Pleno Medioevo pretendía no solo rendir honores a los héroes históricos, sino aleccionar a generaciones venideras en las virtudes de que ellos hicieron gala:

refiere a Fernán González para recordar sus desencuentros con Ramiro II de León, su intervención en aquel reino a la muerte de este (lib. II, 29 y 30, pp. 141-142) y el papel que le cupo en la libertad de Castilla (lib. III, 1, p. 157): «se dice que sacó a los castellanos del yugo de la dominación de León». En cuanto al segundo conde independiente, Garci Fernández, baste decir que el interés del cronista se centra en referir los pormenores de la traición de su mujer (lib. II, 37, pp. 150-151). A propósito de Fernán González véase Ramón Menéndez Pidal, *Reliquias de la poesía épica española*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Gredos, 1980, pp. 27 y ss. En el mencionado estudio queda claro que la primera glorificación de la figura del conde que haya llegado hasta nosotros es la que compusiera Gonzalo de Berceo hacia 1235.
⁹ Véanse, en Alonso Zamora Vicente (ed.), *Poema de Fernán González*, Madrid, Espasa Calpe, 1970, 232 p., o la más reciente de Juan Victorio, Madrid, Cátedra, 1998, 199 p., la narración de la pérdida de España, en especial de la estrofa 18 en adelante. Igualmente el elogio de Castilla dentro del «Canto a España», estrofa 157 y ss.



*Ovo nombre Fernando, esse conde primero,
nunca fue en el mundo otro tal cavallero;
este fue de los moros un mortal omiçero,
dizien le por sus lides el vueitre carniçero.
Fizo grandes batallas con la gent descreida,
e les fizo lazarar a la mayor medida,
ensancho en Castiella una muy grand partida,
ovo en el su tienpo mucha sangre vertida. (Estrofas 173 y 174)*

De su bravura en el combate se hace lenguas el autor del Poema, pero, sin duda, reserva las mejores estrofas al relato de la batalla de Hacinas y aun cuando sus versos no alcancen la altura literaria de los del *Poema de Mío Cid*, ofrecen un subido valor testimonial:

*El conde don Fernando, corazón syn flaqueza,
sennor d'ensennamiento, çimiento de nobleza,
ferya en los paganos syn ninguna pereza;
estonz dixo: «Caveros, afan en pobreza».
El conde don Fernando, mas brravo que serpyente,
avya la grand fuerça con el dia caliente,
matava e feria en la mala semiente,
fazia grrand mortandat en el pueblo descreyente. (Estrofas 513 y 514)*

Pero no son los versos del Poema el único testimonio de la conversión del primer conde independiente en paradigma de caballeros cristianos¹⁰. En términos mucho más concisos pero impregnados de un similar entusiasmo puesto, igualmente, al servicio de la presentación de una figura modélica, se refiere a él, el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada: «lo distinguió Dios con tantas virtudes... que, sin que él lo pretendiese, fue elegido conde no solo por los poderosos, sino también por los caballeros y el

¹⁰ Respecto a las distancias entre el Fernán González histórico y el épico, véase Ramón Menéndez Pidal, *La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el romancero*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pp. 421 y ss.

pueblo de Castilla en general y todos se sometieron a su poder.» Y él respondió a tales confianzas, según el susodicho cronista, haciendo frente a los ataques de los reyes de Asturias sin por ello «dejar de luchar con los árabes»¹¹. Es cierto que la devoción de la que el Toledano hace gala contrasta con el laconismo del autor de la *najerense*, para quien el conde no pasó de ser ese personaje del que «se dice que sacó a los castellanos del yugo de la dominación de León»¹². Pero ello no fue obstáculo para que el proceso de exaltación política de la figura del Conde alcanzara en la *Primera Crónica General de España* del rey Alfonso X un punto culminante. Ya que su autor, al hacer el balance de la vida de Fernán González, le presenta como el campeón incansable contra moros y correligionarios en su empeño por defender Castilla, ensanchar el cristianismo y servir a Dios¹³.

Y si Fernán González fue, según el Poema y las crónicas, el constante debelador de musulmanes y el paladín de la independencia de Castilla, la literatura retrata a su hijo Garcí Fernández caminando por las mismas sendas. Jiménez de Rada repite respecto a él lo que ya atribuyó al padre: que combatía a los reyes de León, pero añadiendo que, al tiempo, construía, sin reparar en gastos, muchos castillos a orillas del Duero¹⁴. La *Crónica General* de Alfonso X le pondera por su tenacidad en enfrentarse a los musulmanes: era «muy buen cauallero de armas», tan bueno «que venció a los musulmanes con frecuencia» y tan perseverante que continuó haciéndolo hasta el final de sus días aunque fuera «igualmente vencido por ellos». En el palmarés del segundo conde independiente figura la victoria del vado de Cascajar, escenario de un milagro que la Edad Media guardaba con todo cuidado

11 *Historia de los hechos de España, op. cit.*, lib. V, cap. II, p. 193 de la ed. citada.

12 Lib. III, I, pp. 157-158.

13 «Et como era ya crebantado et afanado de muchas guerras et lides que auie fechas con moros et con cristianos por defender Castiella et ensanchar el cristianismo et servir a Dios, adolescio en Burgos...», en Alfonso X, *Primera Crónica General de España*, Madrid, Gredos, 1977, cap. 728; p. 425.

14 *Historia de los hechos de España, op. cit.*, lib. V, cap. II, p. 193.



en su memoria colectiva¹⁵. También la crónística se encargó de encontrar los argumentos que exculparan los fracasos del conde Garcí Fernández, recordando el comportamiento desleal de su hijo Sancho y las monstruosas maquinaciones de su alevosa mujer. En este sentido adquiere especial relevancia el hecho de que la *Crónica najerense*, responsabilice al hijo y, sobre todo, a la madre de la derrota, prisión y muerte del conde castellano. De ella, conocida como condesa traidora, me ocuparé, aunque de forma muy breve, en páginas siguientes. Por lo que se refiere al hijo, los altos destinos a los que estuvo llamado y la brillante respuesta dada por él a los retos que le presentó la Providencia, debieron contribuir al tono condescendiente empleado por los biógrafos para tratar sus errores juveniles¹⁶.

Porque él, el conde Sancho García, es, sin duda, la figura de la que se valieron los historiadores de los siglos XII y XIII para diseñar el arquetipo de caudillo cristiano. En la pluma de sus biógrafos el Conde destaca por sus condiciones de buen gobernante y mejor militar. Como gobernante, don Sancho es, al decir de Jiménez de Rada, el «hombre lleno de virtudes, amante de su patria y totalmente entregado a sus súbditos»¹⁷. Esa entrega se tradujo, según el mismo cronista, en medidas políticas tendientes a aumentar «las prerrogativas de la nobleza» y aliviar «entre los más pobres la dureza de la servidumbre»¹⁸ y, según el autor

¹⁵ *Crónica General*, *op. cit.*, cap. 729, p. 426.

¹⁶ Jiménez de Rada al abordar la espinosa cuestión acude a frases tan ambiguas como «intentar levantarse contra el padre». Y eso que no duda en señalar que, con esa conducta, ha proporcionado a los sarracenos la oportunidad de realizar un nuevo y devastador ataque a Castilla. Según él, destruyeron Ávila, conquistaron varias plazas «pasando por todos lados a sangre y fuego.», *Historia de los hechos de España*, *op. cit.*, lib. V, cap. XVIII, pp. 210-211. Ante tales amenazas, Garcí Fernández prefirió enfrentarse a los árabes, aún en inferioridad numérica, con las consecuencias de todos conocidas: fue derrotado, herido y prisionado.

¹⁷ *Historia de los hechos de España*, *op. cit.*, lib. V, cap. III, p. 194. En páginas siguientes, Sancho es: «un hombre juicioso, ecuánime, generoso, valiente y afable...», lib. V, cap. XIX, p. 211.

¹⁸ *Historia de los hechos de España*, *op. cit.*, lib. V, cap. XIX, p. 211. La *Primera Crónica General*, *op. cit.*, cap. 764, p. 453 insiste en los mismos rasgos solo que lo hace con diferentes palabras: «a los nobles puio a mayor nobleza, et a los menores minguo la

de la *Crónica najerense*, en una obra legislativa que le valió el sobrenombre del «Bueno», porque buenos eran los fueros que concedió¹⁹. Además, esta última fuente, al prestar especial atención a las medidas adoptadas por el Conde en favor de la clase caballeresca, hace de ellas uno de los pilares del programa político de Garci Fernández. En efecto, la najerense puntualiza que ellas fueron las que le granjearon el apoyo de «ochocientos caballeros castellanos, nacidos todos de matrimonio legítimo y nobles por parte de padre y de madre». Y no se trató simplemente de un apoyo coyuntural, ya que los agraciados «por su propia voluntad le rindieron vasallaje y le dieron juramento de que servirían siempre al pariente más cercano de su linaje, como a su señor, cualquiera que fuera su sexo»²⁰.

Años después, la *Crónica General* aclarará la naturaleza de esas medidas que tanto satisficieron a los caballeros castellanos: exención de pechos y excusa de acudir a la hueste en caso de no percibir soldada²¹.

No es mi propósito detenerme ahora a analizar y valorar la trascendencia social de tan complejas medidas; solo advertir que la importancia que les otorga la cronística plenomedieval demuestra que sus autores fueron conscientes de la trascendencia de las mismas en orden a la consecución de los proyectos militares abanderados por el conde castellano.

En efecto, todas las fuentes coinciden en resaltar la incansable dedicación del tercer Conde a los asuntos de la guerra y en concretar su mérito en la reconquista de todo cuanto los cristianos habían perdido durante el tiempo de prisión de su padre Garci

grand seruidumbre en que eran...»

¹⁹ *Crónica najerense*, op. cit., lib. III, 1, p. 158. Por su parte, la *Primera Crónica General* (cap. 765) concreta la labor legislativa de Garci Fernández en la concesión de «los fueros antiguos de Sepuluega».

²⁰ *Ibidem*, lib. III, 1, p. 158.

²¹ «... dio franqueza a los caualleros castellanos que non pechassen nin fuesen en hueste sin soldadas, ca dantes del conde don Sancho pechauan los caualleros, et auien de yr con el sennor do los auie mester.» *Primera Crónica General*, op. cit., cap. 764, p. 453.

Fernández. Porque ya en los *Anales castellanos segundos* se anota que en la era de MXLIII el conde Sancho García entró en tierra de moros «usque in civitate Molina, et destruxit turrem de Azenea.» En el siguiente registro la misma fuente conserva la memoria de la expedición de IOII en la que –nos informa– el conde García entró en tierra de sarracenos en Toledo, avanzó hasta Córdoba, colocó al rey Zulema en la sede cordobesa y «cum grande victoriam reversus est in Castella in sua provincia»²². Al decir de Jiménez de Rada lo hizo movido por un espíritu de revancha hacia los moros, responsables, según el sentir de la época²³, no solo del cautiverio del conde Garci Fernández, sino también de su muerte²⁴. Ese espíritu vindicativo le acompañó de por vida, de modo que «incapaz de tolerar la afrenta causada a su padre», primero se juntó con navarros y leoneses para asolar «a sangre y fuego» la zona de Toledo y aun avanzó hasta Córdoba «que no escapó a estos castigos». De modo que «exhaustos ambos reinos a causa del saqueo, no solo ofrecieron reparación sino que ambos tuvieron que calmar la llama de la indignación con gran cantidad de tributos.» Solo entonces, «vengada de este modo la afrenta de su padre, regresó honrado y enaltecido de Córdoba»²⁵. La *Crónica najerense*, aun omitiendo referencias expresas a actitudes de represalia, persiste en la voluntad de exaltación de la figura del

22 Para las dos citas véase Manuel Gómez Moreno Martínez ed., *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales, 1917, p. 26.

23 *Historia de los hechos de España, op. cit.*, lib. V, cap. XIX, p. 211. También de venganzas hablan los *Anales toledanos segundos*, cuando al copiar el registro de los *Anales castellanos*, cambian el vocablo «victoriam» que empleaban aquellos por el de «vengancia». Véanse las notas 7 y 22 del presente trabajo.

24 *Ibidem*, libro V, cap. III, p. 194). Afirma que «...conquistó Peñafiel, Sepúlveda, Montejo, Gormaz, Osma y San Esteban...». La lista de sus éxitos es algo diferente en la *Crónica najerense*, pues añade Coruña del Conde, Medina (celi) y Berlanga, pero omite Peñafiel y Sepúlveda (lib. III, I, p. 158).

25 *Historia de los hechos de España, op. cit.*, libro V, cap. XIX, p. 211. La insistencia en proclamar el ánimo vindicativo del conde Garci Fernández debe ponerse en relación con la magnitud de la afrenta recibida, porque sabemos que la cabeza del conde fue exhibida en Córdoba como trofeo de guerra. Véase Lévi-Provençal, *op. cit.*, pp. 422-424 y Vallvé, *op. cit.*, p. 240.

Conde, atribuyéndole todos los logros alcanzados en su tiempo sobre los musulmanes: desde la muerte de Almanzor, a la destrucción de Córdoba, añadiendo que «de allí llevó el cuerpo de su padre el conde García Fernández a Cardeña»²⁶.

En la misma línea glorificadora, pero aportando mayores precisiones, se refiere la *Primera Crónica General* a las actuaciones militares del Conde. Afirma la susodicha fuente, que, antes de acabar el milenio, don Sancho acuciado por el recuerdo de la muerte de su padre a manos de los musulmanes, convocó a leoneses y navarros y entró en son de guerra con ellos y con los castellanos en el reino de Toledo. Entró robando los muebles e incendiando todo aquello que no podía trasladar. Puso en esta campaña tanto ardor y avanzó tanto hacia el Sur que toledanos y cordobeses «dieron amos muy grand auer et muchos dones por auer paz con el»²⁷. Pero no terminaron en esta campaña las gloriosas empresas del Conde en territorio islámico. La *Crónica General* dedica el capítulo siguiente a narrar los pormenores de la intervención de los castellanos en las guerras civiles andalusíes, demostrando un aceptable conocimiento de los hechos. Ni que decir tiene que lo hace en los términos más encomiásticos para con nuestro personaje convertido ya, por fin, en referente del paladín de la causa cristiana. Y ello porque los cronistas de Alfonso X dejan muy claro que no solo consiguió, en circunstancias difíciles, vengar la muerte de su padre en una campaña de saqueos y destrucciones por un dilatado territorio lejano a sus fronteras, sino que después, cuando las circunstancias le fueron más propicias llevó la guerra a las mismas puertas de la capital de sus enemigos, incluso entró

26 *Crónica najerense, op. cit.*, lib. II, 39, p. 151 de la cit. ed. El Toledano, sitúa también los restos mortales de Garci Fernández en Cardeña, pero después de que su hijo pagara por ellos un rescate en metálico. Cfr: Jiménez de Rada, *op. cit.*, lib. V, cap. XVIII, p. 211.

27 La campaña de destrucciones es narrada con gran detalle: «saco su hueste muy grand et fuesse poral regno de Toledo, et corrió la tierra et astragola, et levo ende muy grandes preas et lo al que fincaua quemolo todo», *Primera Crónica General, op. cit.*, cap. 765, p. 454.



en sus arrabales por la fuerza²⁸ y, con todo ello, contribuyó decisivamente a entronizar allí a uno de los contendientes en la guerra civil. De modo que su buen hacer le procuró «grandes aueres» y permitió que él y su hueste volvieran a Castilla «muy ricos et muy onrrados»²⁹.

En resumen, podemos certificar que el tercer conde castellano es presentado por la literatura plenomedieval como el más firme bastión de la España cristiana durante los últimos años de la vida de Almanzor –la *Crónica najerense* llega, en el ardor de su entusiasmo, a afirmar que de él «dependía en solitario la salvación de España entera»³⁰– y como uno de los precoces reanudadores del proceso de «restauración de España» tras la amarga experiencia de la embestida amirita.

Pero lo cierto es que al hilo del relato de sus grandezas, los textos apuntan notas biográficas no tan favorables a su imagen. Ahora bien, lo que interesa al tema que nosotros abordamos no son tanto las culpas del Conde como los caminos de sus rectificaciones. De modo que su probable participación en esa trama contra Garcí Fernández que estuvo en la génesis de la captura y muerte del segundo conde se redime –en la pluma de los cronistas que trazaron su biografía– mediante esa actitud vindicativa con respecto a los musulmanes que mantuvo a lo largo de toda su existencia³¹. Hay más, porque la figura de Sancho se entrecruza y

28 «Et entraron los cristianos el arrauel de Cordoua, et mataron y muchos moros et cautuiaron muchos, et leuaron ende grandes robos, et destruyeron todo lo al.», *ibidem.*, cap. 766, pp. 454 y ss.

29 *Ibidem.*, cap. 766. Véase el resumen de los acontecimientos en Luis G. de Valdeavellano, *Historia de España*, Madrid, Alianza, 1973, vol. II, pp. 240-241. También en Lévi-Provençal, *op. cit.*, pp. 464 y ss.

30 *Crónica najerense, op. cit.*, lib. II, 39, p. 151 de la citada edición. Con referencia a la muerte de Almanzor («... el conde Sancho quien mató al rey Almanzor y destruyó Córdoba.»), véase lib. III, 2, p. 158.

31 Jiménez De Rada comenta sobre el lance lo siguiente: *Sancho, hijo del conde García Fernández, intentó levantarse contra su padre. Y a raíz de las desavenencias surgidas entre los dos, encontraron los sarracenos la oportunidad para su ataque, y penetrando en el territorio de Castilla destruyeron Ávila que había comenzado a repoblarse, y conquistaron Coruña del Conde y San Esteban, pasando por todos los lados a sangre y fuego.* Añade, además, que el padre aún sabiendo que «el pueblo» estaba dividido entre él

contrapone a la de un personaje femenino innominado que pasó a la literatura con el apelativo de la *Condesa traidora*. Se trata de su propia madre, la mujer del conde Garci Fernández. Sobre ella y sus maquinaciones se extendió, antes que ningún otro, el autor de la *Crónica najerense*. Yo no tengo el propósito de tratar aquí un personaje femenino identificado con los más sombríos perfiles, ni extenderme en sus proyectos y ambiciones³², solo pretendo, al hilo de sus peripecias vitales, enumerar las notas que la convierten en contrafigura de los condes castellanos.

Cuenta la susodicha Crónica que estando Almanzor en plena ofensiva militar, concibió la idea de deshacerse del conde Garci Fernández y, para llevar su proyecto a cabo, envió a Castilla un mensajero con el encargo de tantear las posibilidades de una alianza personal con la mujer de su enemigo; una alianza que permitiría a la cristiana titularse reina. El precio de tal ascenso –no podía ser de otra manera– era la libertad y la vida del conde García. Como es fácil adivinar por el apelativo que la identifica, la señora sucumbió a la tentación. En verdad que el plan que elaboró y puso en práctica para socavar la fortaleza de su marido en los campos de batalla, consistente en debilitar a su caballo privándole de cebada³³ y licenciar a la mayor parte de sus caballeros coincidiendo con las fiestas de Navidad, la acredita como consumada estratega³⁴. No es de extrañar, que guerrero tan valeroso y experimentado como era Garci Fernández terminara derrotado, herido, aprisionado y muerto³⁵.

y su hijo, se enfrentó a los árabes en condiciones de inferioridad numérica y recibió una herida mortal de la que murió en el cautiverio. *op. cit.*, lib. V, cap. XVIII, pp. 210-211.

32 Sobre el personaje véase Menéndez Pidal, *La épica medieval española*, *op. cit.*, pp. 491 y ss.

33 «... considerando que sería reina si su marido muriera, busca solícita la manera de provocar la muerte de su marido; de ahí que, quitándole la cebada, suministrara salvado al caballo de su marido cada noche, para que le fallara en el momento necesario.» *Crónica najerense*, *op. cit.*, lib. II, 37, p. 150.

34 *Ibidem*, lib. II, 37, pp. 150-151.

35 «... como el caballo le falló, capturado y lanceado por los sarracenos en la ribera del Duero entre Alcózar y Langa, expiró al quinto día.» *ibidem*, lib. II, 37, p. 150.

Pero no finalizaron aquí las intrigas de nuestra condesa que, pertinaz en su proyecto de «casarse con Almanzor», proyectó «asesinar con una poción a su hijo... para así satisfacer su deseo de vanagloria y entregarse más libremente a su lujuria». Esta vez no se cumplieron sus expectativas porque una «morita» concedora de la trama, advirtió al conde del peligro que le amenazaba y este respondió haciendo beber a su madre el bebedizo que ella le había preparado³⁶. Y aún cuando en la versión de Jiménez de Rada, la madre muriera «merecidamente», el hijo, «aguijoneado por el remordimiento de su arrepentido corazón» expió su culpa fundando el monasterio de Oña³⁷. No deja de ser significativo que el proyecto matrimonial de la asesina pase —en el texto de la *Crónica General*— por alzarse con las fortalezas del condado³⁸. De modo que, una vez más, la Crónica de Alfonso X ha terminado de perfilar una figura, la del felón encarnado en cuerpo de mujer. Porque la condesa traidora, en su obstinación por aliarse con Almanzor, no ha dejado cabo suelto y ha atentado contra todos los elementos que garantizan el poder militar de Castilla: sus caballos, sus caballeros y sus castillos.

Concluyendo, el Garci Fernández que nos presenta la crónica medieval es el campeón diligente que no se doblega ante un enemigo más poderoso, ni se rinde por cansancio; el que

36 De modo que, «obligada, exhaló el alma al primer sorbo cayendo en la trampa que tendió.», *Ibidem*, lib. II, 39, pp. 151-152.

37 «erigió y un monasterio muy noble que llamó Oña porque a su madre en vida la llamaba Mioña, siguiendo la costumbre hispana.», en *Historia de los Hechos de España*, *op. cit.*, lib. V, cap. III, pp. 194-195. La *Primera Crónica General* (*op. cit.*, cap. 764, p. 454), añade un detalle más macabro: que el conde obligó a su madre a beber la copa so pena de cortarle la cabeza: «et aun dizen que saco el la espada et dixol que si lo non beuiesse quel cortarie la cabeça.»

38 Según la *Primera Crónica General* (*op. cit.*, cap. 764, p. 454), «la madre deste conde don Sancho, cobdiciando casar con un rey de los moros, asmo de matar su fijo por tal que se alçasse con los castiellos et con las fortalezas de la tierra», pues pensaba que así se casaría más rápidamente y sin obstáculos. Idea que ya había sido adelantada, aunque de forma más escueta, por Jiménez de Rada, *op. cit.*, lib. V, cap. III, p. 194: «La madre de éste, que deseaba unirse con un príncipe sarraceno, planeó asesinar a su hijo para conseguir así, al mismo tiempo, las fortalezas, los baluartes y la anhelada boda.»

permanecede continuo al servicio de la tierra y de sus gentes para reparar económica y moralmente los agravios recibidos e, incluso cuando la oportunidad se le brinda, cosechar ventajas. Es el capitán experto tanto en la guerra defensiva como en la ofensiva y el que custodia la tierra tan bien como organiza y encabeza expediciones de castigo e intervenciones mercenarias; el político que sabe dotarse de los recursos necesarios para realizar sus proyectos; el que vela por el buen estado de las fortificaciones, el que reparte justicia a todos los naturales de su tierra y dota de estatuto privilegiado al grupo social sobre el que se asienta su proyecto.

Esas dotes físicas y morales fueron las que –insinúan los cronistas– le proporcionaron el nutrido palmarés de triunfos que recuerda la Historia.

Las graves máculas que pudieran haber ensombrecido su figura se atenuaron y exculparon por sus biógrafos con los recursos que eran de rigor en aquellos tiempos: el Conde lavó sus posibles responsabilidades respecto de la prisión y muerte de su padre, clamando venganza contra Almanzor y haciéndola efectiva en tal medida que alguno de sus panegiristas afirma que alcanzó a cobrar la vida del asesino. Menos esfuerzo justificativo costó el envenenamiento de la madre. Ella era, por sus veleidades, por su ambición y aún su lujuria, merecedora del trágico final que tuvo. El hijo, al insistir en que vaciara en su estómago la copa mortal, no hizo sino actuar en defensa propia y desembarazarse de quien, por representar una solución política radicalmente opuesta a la que su padre y él defendieron, constituía la amenaza más seria al proyecto de restauración de la España cristiana. De todas formas los cronistas reiteran que en recuerdo de una madre a la que, sin duda, quiso, levantó un monasterio con el nombre que él le daba. Pero bien sabemos que durante las centurias siguientes a la muerte del último conde de Castilla, el protagonista indiscutido de la guerra contra el musulmán será el rey Fernando I. A su denuedo debe el reino de León un significativo ensanchamiento de sus fronteras. El flanco oriental del reino castellano-leonés, deberá



aún esperar un tiempo para recoger, en forma de avances territoriales, los frutos de la pujanza cristiana. El gestor de esta última empresa —como es bien sabido— fue el rey Alfonso VI y el trofeo, el reino de Toledo³⁹.

Es en este punto y hora donde se produce una inflexión de gran trascendencia en el dialogo fronterizo. Era la primera vez que se registraba un avance territorial de tal envergadura, un avance que además, no era resultado directo de la acción militar. Porque la caída de la taifa toledana en su conjunto fue consecuencia de la acción combinada de unas continuas presiones bélica y unas gestiones diplomáticas poco transparentes.

Los cristianos y muy en concreto los castellano-leoneses tienen, pues, sobrados motivos para el triunfalismo: han llegado al Tajo, han entrado victoriosamente en la ciudad que fue capital del reino visigodo y sede de sus prestigiosos concilios y, además, controlan todo el rosario plazas fuertes —*oppida*, en la terminología de la época— que entre la Sierra Central y el río Tajo aseguran toda una franja de terreno de gran valor económico y estratégico que se conocerá como la Transierra. De esta forma el valle del Duero ha pasado, ya definitivamente, a ocupar posiciones de retaguardia. Y todo ello a un coste muy bajo, porque nada nos hace pensar que el esfuerzo bélico haya sido extenuante, ni la presión diplomática extraordinaria. Pienso que lo que digo se puede plasmar en imágenes.

A mi entender ese triunfalismo ha dejado huella en una de las más significativas manifestaciones artísticas del momento. Me refiero a las miniaturas del Beato del Burgo de Osma que ilustran la visión de los cuatro jinetes del Apocalipsis (f. 85v) y, sobre todo, la de las huestes del caballero Fiel y Veraz. Porque queda fuera

39 Sobre Alfonso VI véase Andrés Gamba Gutiérrez, *Alfonso VI. Cancillería, Curia e Imperio*, 2 vols., León, Centro de Estudios San Isidoro, 1997; Menéndez Pidal, *La España del Cid*, 2 vols., 4^a ed., Madrid, Espasa Calpe, 1947, y Bernard F. Reilly, *El reino de León y Castilla bajo Alfonso VI*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, 1989, 420 p.

de toda duda que el lenguaje iconográfico que en ellas se emplea ha experimentado una transformación respecto al utilizado en el período anterior, del que es ejemplo representativo el Códice de Fernando I y Sancha. Joaquín Yarza atribuye las susodichas novedades al cambio de rito⁴⁰, pero a mí me parece que pudiera haber algo más. Porque no deja de ser significativo que en *El Beato del Burgo de Osma*, fechado en 1086 el caballero que monta el caballo blanco en el pasaje de los cuatro jinetes, aparezca por primera y última vez, que yo sepa, blandiendo una ballesta. Más reveladora aún es, a mi juicio, la importancia que se ha otorgado en el mismo manuscrito a la escena en la que se presenta al Caballero Fiel y Veraz acompañado de sus huestes celestiales⁴¹. El realismo que domina en la composición ¿no podría hacernos pensar que el miniaturista está pretendiendo transmitir más que una idea de esperanza, la certeza de que ya se ha producido el momento del advenimiento del triunfo cristiano, o lo que es lo mismo, que el caballero de la espada entre los dientes y sus sobrenaturales e imbatibles mesnadas acaban de manifestar sus excepcionales poderes a favor del rey de Castilla? Lo que está fuera de toda duda es que en los Beatos de estos años el tema del caballero Fiel y Veraz toma una importancia que no tenía anteriormente.

40 Joaquín Yarza, *Beato de Liébana, Manuscritos iluminados*, Barcelona, Moleiro, 2005, pp. 202-203. Ahora bien, entre los códices inmediatamente precedentes destaca por su valor artístico y significación cronológica el de Fernando I y Sancha, fechado en 1047 (un tiempo de recuperación tras las convulsiones anteriores). Se trata de un ejemplar bellísimo, de colores brillantes, pero todavía muy determinado por la tradición anterior en lo que respecta a la estructura compositiva. *Ibidem*, pp. 158 y ss.

41 San Juan puso nombre al jinete del caballo blanco: «Entonces vi el cielo abierto y había un caballo blanco el que lo monta se llama «Fiel» y «Veraz» y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que solo él conoce y su nombre es La Palabra de Dios y los ejércitos del cielo vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro..... Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo *Rey de Reyes Señor de Señores*. (*Apocalipsis*, 19, 11-19) Beato de Liébana, *Comentarios al Apocalipsis de San Juan en Obras completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995, p. 65, había comentado el pasaje en el siguiente sentido: «Este caballo es la iglesia y su jinete Cristo. Es el caballo que en el primer sello había visto entre el rosado, el negro y el pálido.»



Sea como fuere lo cierto es que a los cristianos les duraría muy poco el orgullo por los triunfos alcanzados. Y ello porque en el desconcierto creado por la conquista de Toledo, los musulmanes tuvieron que optar entre dos soluciones a cual peor: o bien admitir los apremios y exacciones de Alfonso VI, en la seguridad de que tarde o temprano ellos mismos correrían la suerte de Toledo, o bien llamar en su auxilio al príncipe almorávide Yusuf b. Tauxifn, el único capaz de enfrentarse militarmente al rey de Castilla y calibrar sus auténticas capacidades militares. Esto último a costa, eso sí, de renunciar a la autonomía política, económica y cultural de la que hasta ahora habían disfrutado. Pero puestos en tan difícil coyuntura los príncipes andalusíes optaron por la única solución que les permitiría mantener su fidelidad al islam: la de encomendarse a la protección de su poderoso vecino sureño⁴².

Pronto podrán valorar los musulmanes las debilidades cristinas en el ámbito castrense. El año siguiente al de la conquista de Toledo Alfonso VI sufre una aparatosa derrota a orillas del Guadiana, ante los muros de Badajoz a manos de los almorávides coaligados con los andalusíes. La batalla de Sagrajas⁴³ inaugura la serie de «grandes» –en la consideración de Huici Miranda– batallas de la Reconquista, porque tras ella vendrán las de Consuegra y Uclés. Es cierto que el reinado registrará también alguna expansión territorial por tierras manchegas, pero esos logros parecen de la misma índole que la conquista de Toledo, de modo que poco tienen que ver con la superioridad militar.

En este panorama cobran valor de gesta las empresas de Rodrigo Díaz, el infanzón de Vivar, Mío Cid el Campeador. Con él

42 Véanse las *Memorias de Abd Allah*, traducidas y editadas por Evariste Levi-Provençal y E. García Gómez, con el título *El siglo XI en Primera Persona*, Madrid, Alianza, 1980, 344 p. Sirva de muestra la siguiente frase: «La noticia de lo sucedido en esta ciudad (Toledo) tuvo en todo al-Ándalus una enorme repercusión, llenó de espanto a los andaluces y les quitó la menor esperanza de poder seguir habitando en la Península.» (pp. 197-198).

43 Sobre la batalla, Vincent Lagardère, *Le Vendredi de Zallaqa*, París, L' Harmattan, 1989, 239 p.

aparece el modelo acabado del capitán de frontera. Mío Cid es el caudillo admirado tanto por su pericia en el manejo de las armas, como por sus habilidades tácticas y estratégicas. Al tiempo que se le respeta por su comportamiento en los campos de batalla, donde derrocha valor y osadía. Exhibe, en suma, todas las cualidades que le garantizan la fidelidad de los suyos al tiempo que le granjean el respeto de los contrarios y justifican su brillante palmarés militar⁴⁴. Pero hay más; esos logros militares conseguidos al margen de los programas oficiales le consagran a él —ya lo hemos visto— como el modelo digno de imitar y a su forma de conducta como la más eficaz alternativa en caso de manifiesta incapacidad de los reyes para asumir las funciones de defensores del reino.

Ni que decir tiene que su ejemplo servirá de referencia en los tiempos siguientes cuando la cosecha de desgracias militares y calamidades histórica ponga en grave riesgo para los cristianos su dominio de la línea del Tajo.

Y entre esas desgracias militares baste recordar la más significativa: la de Uclés cuyo centenario recordábamos el año pasado. Porque la batalla sumó para los cristianos a las lógicas consecuencias de una derrota militar sin paliativos, la calamidad histórica de la muerte del único heredero varón de Alfonso VI: el hijo de la mora Zaida, el infante Sancho.

EL SIGLO XII, LA FRONTERA CALIENTE Y SUS SERVIDORES

No cabe duda de que en Uclés se produjo un cambio manifiesto en el rumbo de los tiempos. Me refiero a la apertura de un período que, preludiado el día del descalabro cristiano, se manifestó a las claras con la expedición de Alí ben Yusuf por las tierras de

44 Sobre el Cid véase entre otros: Gonzalo Martínez Diez, *El Cid histórico*, Madrid, Planeta, 1999, 472 p., y Richard Fletcher, *El Cid*, Madrid, Nerea, 1999, 248 p. Además la obra clásica de Menéndez Pidal, *La España del Cid*, 2 v., Madrid, Espasa Calpe, 1969.



Toledo en los meses inmediatamente posteriores a la muerte del conquistador del susodicho reino. Así lo vio el cronista del reinado de su nieto, el anónimo responsable de la *Crónica del Emperador Alfonso VII*⁴⁵ cuando, como ya dije en páginas anteriores, se ocupó de narrar al detalle la suma de desgracias que se cernieron sobre los reinos de Castilla y León en las primeras décadas del siglo XII. Y lo hizo en tales términos que no cabe albergar dudas respecto a que las intenciones del cronista al introducir este relato no era solo rememorar las gestas protagonizadas por los hombres de la frontera, sino presentar a Alfonso VII como el esperado restaurador de un orden capaz de continuar la política de avances territoriales tan brillantemente representada por su abuelo. En ese contexto, los hombres de la frontera alcanzan, pues, el valor de elementos imprescindibles de la defensa de una tierra descabezada, desarticulada y amenazada que, de no haber sido por ellos, habría, al menos en parte, sucumbido a las embestidas de unos enemigos siempre al acecho. Gracias a ellos el territorio pudo mantenerse, sin excesivas mermas, a la espera del advenimiento de ese rey esperado que volviera a programar y conducir un acción expansiva. Pero recordemos, aunque sea muy brevemente, el orden de los acontecimientos.

Es bien sabido que en la primavera del año 1108 Tamín, hermano del emir Alí, organizó una expedición con objeto de conquistar Uclés, y que las tropas de socorro cristianas acaudilladas por el conde García Ordóñez fueron vencidas a los pies de la disputada plaza. Tampoco ignora nadie que en la acción dejaron la vida un alto número de combatientes cristianos entre los que se contaron

⁴⁵ Se ha debatido mucho sobre si el autor de la presente Crónica fue un cluniacense (como pretendió don Ángel Ferrari) o el obispo de Astorga, Don Arnaldo. Véase el estado de la cuestión en pp. 21-25 de la «Introducción» de Maurilio Pérez González a la edición de la mencionada Crónica en la nota 3 del presente trabajo. En cualquier caso son muchas las evidencias de que fue testigo de un buen número de los episodios que narra. Tampoco cabe olvidar «el fuerte sentido providencialista que preside toda la obra.», en Manuel Recuero Astray, *Alfonso VII, Emperador: el Imperio hispánico en el siglo XII*, León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 1979, p. 19.

el jefe de la expedición, el infante Sancho Alfónsef, único hijo varón del rey de Castilla, y una cantidad no desdeñable de nobles.⁴⁶

Por todo ello y por la mucha edad que en ese momento tenía el titular de la corona, no parece excesivo calificar esta batalla, desde las perspectivas cristianas, como la más nefasta de toda la Edad Media. En efecto; en los meses siguientes, las calamidades se cernieron sobre el reino y lo hicieron a ritmo vertiginoso: tras la derrota cayeron varias plazas en manos musulmanas, algunas incluso –es el caso de Alcalá de Henares– al norte del Tajo⁴⁷; el 1 de julio del año siguiente murió en Toledo el rey Alfonso VI, y, como colofón, ese mismo verano el Emir Alí b. Yusuf en persona dirigió una campaña sobre tierras del antiguo reino de Toledo con consecuencias desastrosas.

Pues bien; es en esta coyuntura cuando cobra singular relevancia la figura y las acciones de Alvar Fáñez. Sabemos que había sido un brillante militar al que Alfonso VI había encomendado tareas de confianza que desempeñó, al parecer, a su plena satisfacción⁴⁸. Pero nunca, a lo largo de esa dilatada carrera, tuvo que asumir protagonismo semejante al que le cupo tras la derrota de Uclés. Porque a él le correspondió la ingrata misión de ordenar el repliegue de los supervivientes y capitanear su viaje de retorno a Toledo, misión amarguísima, a más de ingrata, por cuanto entre los que volvieron no figuraba el infante Sancho, ni vivo ni muerto. Alvar Fáñez fue quien se presentó en una ciudad ya amenazada explicando –según la *Primera Crónica General*– a un anciano

46 M^a Isabel Pérez De Tudela Velasco y J. Muñoz Ruano, «La batalla de Uclés (1108)», *Castellum*, Revista de la Asociación Cultural Castellum, Madrid, n. 3, 1998, p. 7-26.

47 Andrés Gamba, *Alfonso VI, cancellería, curia e imperio*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1997, v. I, p. 99, fecha en 1109 la pérdida de Alcalá. Los *Anales toledanos primeros*, registran en 1118 la recuperación de la plaza por obra del arzobispo don Bernardo de Toledo, porque la tentativa de los madrileños y otros hombres de la frontera realizada en 1109, había terminado en un fracaso. *Anales toledanos, op. cit.*, p. 83 y 100.

48 Gamba, *op. cit.*, v. I, p. 612 le describe como «yerno del poderoso Pedro Ansúrez y aguerrido capitán, repoblador en Extremadura oriental y zonas más conflictivas del reino de Toledo».



Alfonso VI las razones de su retirada. Y lo hizo con unos argumentos que son, desde luego exculpatorios para con su modo de proceder y, además, todo un tratado de teoría política y estrategia militar. Porque en el discurso que Alvar Fáñez pronuncia ante el rey afirma que su resolución no estuvo motivada por la cobardía, sino por la voluntad de rescatar del desastre al mayor número de hombres válidos para guarnecer las ciudades del Tajo y preservar, de ese modo, la fama de los grandes logros militares del reinado de su regio oyente⁴⁹.

Y como lo dijo se cumplió. Porque, ya lo anuncié, el 1 de julio del año 1109 moría en Toledo el rey Alfonso, en ese mismo mes, o a lo más en agosto, el emir Alí b. Yusuf volvió a cruzar el Estrecho para dirigirse, directamente, a la frontera del Tajo. Sabemos que en agosto estaba frente a Talavera la cual conquistó⁵⁰, al menos, en parte. De allí, por el norte del valle, se dirigió hacia Toledo y la cercó. Fue en el transcurso de estas operaciones cuando el emir destacó columnas por toda la Transierra que arrasaron el territorio y quebraron las murallas de la mayor parte de las plazas fuertes, aunque, al decir de la *Crónica del Emperador*, los alcázares de todas ellas resistieran las embestidas almorávides⁵¹.

49 «Estonces Alvar Fernandez, cauallero muy atreuudo et fiel, dixo assi al rey: <Senor, uos suffriestes grandes lazerias et muchos afanes et trabaiaestes siempre mucho en ganar çibdades villas castiellos et otras fortalezas, por que uos esparziestes mucha sangre; et mesuramos que si nos todos muriessemos con ell infante, que se perderie toda la tierra et lo que uos ganaredes con mucho trabajo porque non auriedes quien uos lo ayudasse a defender. Et temiendo otrosi, si assi fuesse, que los uestros grandes fechos et buenos serien assi como muertos et perdudos, escogiemos nos el menos mal: que pues que el fijo perdiedes, que non perdiessedes la tierra. Et esto es lo que nos fizo uenir.>», en *Primera Crónica General, op. cit.*, cap. 884, p. 555.

50 «Prisieron Moros Talavera en XVI dias de Agosto Era MCXVII», *Anales toledanos segundos, op. cit.*, p. 85, y María Jesús Viguera, *Los reinos de taifas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1994, pp. 183-184.

51 «Por su parte, viendo el rey Alí que todo el peso de la batalla había recaído sobre los musulmanes y que sus jefes militares e innumerables soldados perecían, él mismo y todo su ejército se alejaron de la ciudad, llegaron a todas las ciudades y castillos que están en la Transierra y los asaltaron. entonces destruyó las murallas de Madrid, de Talavera, de Alamo, de Canales y de otras muchas ciudades en castigo por sus pecados. E hizo un gran número de prisioneros, matanzas y botines. Pero las torres más fortificadas de las ciudades mencionadas, que en nuestra lengua se llaman alcázares,

Sólo los esfuerzos sumados de todos los hombres de la Transierra, dirigidos por Alvar Fáñez⁵², lograron rechazar el asalto a Toledo y paliar los alcances de las devastaciones. De modo que es ahora, a la luz de los acontecimientos que estaban por desarrollarse, cuando cobra todo su valor el discurso pronunciado –según la *Primera Crónica General*– por Alvar Fáñez ante un atribulado Alfonso VI. Y es que el cronista sabía, como sabemos nosotros, que el año 1109 iba a resultar especialmente dramático para Castilla, y que durante los meses de aquel estío se libraría un combate crucial para el futuro del territorio. Por ello, atribuyendo a Alvar Fáñez el referido discurso no hacía sino anunciar el papel decisivo que el caudillo y los hombres a su mando estaban llamados a representar solo unos meses después.

Bien podemos decir que con Alvar Fáñez terminó de perfilarse el modelo de caballero de la frontera. Él encarna la figura del caudillo militar, dedicado en exclusiva a atender los intereses de una franja de tierra de continuo amenazada y en perpetua transformación; él simboliza al político «valeroso y leal» capaz de calibrar los riesgos que amenazan a la vanguardia territorial y prever soluciones para ella y, en fin, él personaliza al gestor inteligente de esa política que antepone los intereses de la frontera a cualesquiera

no fueron tomadas y entre ellas permanecieron muchos cristianos supervivientes.», en *Crónica del Emperador*, *op. cit.*, lib. II, 102, pp. 95-97.

⁵² Viguera, *op. cit.*, pp. 183-184. Julio González, *Repoblación de Castilla la Nueva*, Madrid, Universidad Complutense, 1976, vol. I, pp. 101-102. A esta campaña deben referirse los *Anales Toledanos I* cuando dicen que «Poso el Rey Ali sobre Toledo, et tovola cercada VIII dias, Era MCXLVIII», *op. cit.*, p. 85 y la *Crónica del Emperador*, *op. cit.*, lib. II, 97, pp. 95-96 recuerda la campaña de Ali en los siguientes términos: «avanzaron por el territorio que fue de Alvaro Fáñez tomando castillos fortificados y ciudades que destruyeron unas veces y fortificaron otras. Más tarde llegaron a Toledo y destruyeron San Servando y Aceca, después se acercaron a la propia ciudad, levantaron máquinas en lugares estratégicos y la sitiaron atacándola durante largo tiempo con flechas, piedras, lanzas dardos y fuego. Pero en la ciudad estaba el valiente caudillo de los cristianos Alvaro Fáñez con una gran multitud de caballeros, arqueros, peones y robustos jóvenes, que, apostados en las murallas de la ciudad en las torres y en las puertas luchaban valientemente contra los musulmanes muchos miles de musulmanes murieron allí, por lo que, puestos en fuga por el valor de los cristianos, se retiraron lejos de las torres de la ciudad, de modo que no pudieron hacer ningún daño a la ciudad ni a los que estaban en sus murallas...»



otros y que, además, posee audacia sobrada para presentar sus decisiones en este sentido, por dolorosas que sean, de forma convincente ante el mismo rey y ante el reino.

Ciertamente, los ataques a la frontera del Tajo no se pararon en 1109. Baste recordar que entre 1113 y 1114 tropas andalusíes consiguieron hacerse con Oreja y Zorita, ante la impotencia de Alvar Fáñez⁵³. Y como las plazas, estaba situada en las orillas del río, aguas arriba de Toledo y Oreja, en concreto, en las inmediaciones de un vado, su control resultaba capital para que los cristianos pudieran mantener la coherencia de su flanco levantino. Pero si a ello añadimos que los musulmanes controlaban más al norte, en el Henares, la fortaleza de Alcalá de la que se habían apoderado, como decíamos arriba, en fechas próximas a la batalla de Uclés, no puede sorprendernos que, a partir de la referida conquista, la Transierra quedara totalmente a merced de los ataques provenientes del Este.

En suma, ese desconcierto territorial fue el responsable de que los caudillos musulmanes multiplicaran las incursiones a la Transierra con dramática periodicidad y, en ocasiones, con enorme éxito. Tal fue el que alcanzó la programada por dos de ellos en 1131. En efecto, la exitosa campaña a la que me refiero fue proyectada por el adalid de Calatrava, un musulmán peninsular -agareno, en el léxico del cronista- de nombre Farax y el de San Estaban, un almorávide -moabita, según el mismo léxico- conocido como Alí. Ambos se internaron en el territorio cristiano hasta alcanzar el Alberche y en Alamín urdieron una celada para sorprender a Gutierre Armíldez, alcaide de Toledo, y a la hueste de cuarenta

53 «El Rey Moro Almazdali priso Oreja Era, MCLI», en *Anales toledanos II, op. cit.*, p. 90, *La Crónica del Emperador; op. cit.*, lib. II, 107, p. 99, sin precisar el año afirma que en el reinado de la reina Urraca los musulmanes conquistaron los castillos de Oreja y Zorita. En el apartado siguiente (cap. 108, p. 99) la citada fuente añade un comentario muy ilustrativo de la situación en que quedó el territorio cristiano: «Y los que estaban en Oreja atacaban cada día Toledo y las demás ciudades que están en la Transierra, causando muchas muertes y efectuando numerosos botines».

caballeros que le acompañaba⁵⁴. Como la estratagema pasó desapercibida a los cristianos, la jornada se saldó con la derrota y muerte del alcaide y gran parte de los caballeros. Los supervivientes fueron hechos prisioneros. Entre estos últimos figuraba quien estaba llamado a ser el gran protagonista de las gestas fronterizas de los años venideros. Se trataba del gallego Munio Alfonso, ya por entonces, alcaide de la fortaleza de Mora.

Poco sabemos de Munio en los comienzos de su carrera; debió llegar joven al reino de Toledo para ponerse al servicio de la frontera y destacar tanto como para alcanzar la alcaldía de Mora, plaza fuerte de gran valor estratégico, por su excepcional posición en los Montes de Toledo, que, a su vez, constituían, en aquel momento, la vanguardia del territorio cristiano⁵⁵. De la preeminente posición del personaje dan también idea los detalles de su rescate. Porque, según el autor de la *Crónica del Emperador*, los captores pidieron por su libertad abultadas sumas de bienes y, al tiempo, debieron concretar la naturaleza de los mismos ya que se pagaron, por su redención metales precisos —«oro y mucha plata»-, caballos, mulos y armas, esto es, todas las mercancías expresamente prohibidas por la legislación en el comercio con los musulmanes. Hemos de pensar por lo tanto, que o bien era un caballero con recursos propios, o bien un caudillo tan destacado que mereció contar con numerosas adhesiones. De cualquier manera se trataba de una pieza humana clave en el engranaje de la frontera, porque de otra manera los cristianos no hubieran accedido a poner en manos de sus enemigos tantos y tan peligrosos instrumentos.

⁵⁴ *Anales toledanos II*, *op. cit.*, p. 110; *Crónica del Emperador...*, *op. cit.*, lib. II, 110-111, p. 100.

⁵⁵ «Un caballero de Toledo cuyo nombre era Munio Alfonso, que había nacido en Galicia y era alcaide de Mora, también fue hecho prisionero junto con otros caballeros cristianos en el citado combate y llevado a Córdoba, le encarcelaron y le atormentaron con hambre y con sed. Pero después de muchos días pagó por su libertad oro, mucha plata, mulos caballos y muchas armas.», en *Crónica del Emperador*, *op. cit.*, lib. II, 112, p. 100.



Una vez liberado, Munio se incorporó rápidamente a las actividades militares. No le acompañó el éxito, ya que por la Crónica del Emperador sabemos que a causa de su negligencia se perdió la fortaleza de Mora. El texto de la fuente hace hincapié en la responsabilidad que cupo al alcaide en la susodicha desgracia al insertar la siguiente frase: «Fue negligencia, digo, puesto que no lo tenía protegido con hombres y alimentos como convenía»⁵⁶. Para desgracia de los cristianos, los musulmanes se apresuraron a dejar allí una guarnición suficiente y bien equipada que obstaculizó la reconquista de la plaza.

Pero el descalabro no desanimó a Munio que, en compañía de gentes de la frontera venidas de todas partes —«Toledo, Guadalajara, Talavera, Madrid, Ávila, Segovia...»—, continuó haciendo la guerra por su cuenta, al parecer ahora sí que con éxito reiterado⁵⁷. Tantos fueron sus triunfos que el Emperador le volvió a su gracia haciéndole: «segundo jefe militar, es decir, segundo alcaide de Toledo»⁵⁸.

En este puesto será donde el aguerrido gallego dé la medida de sus dotes militares. En marzo de 1143, el año posterior a la toma de Coria por parte de Alfonso VII, Munio llevó a cabo una expedición por la campiña cordobesa, capitaneando una nutrida tropa compuesta de 900 caballeros y mil peones procedentes de

56 «Pero después de algunos años el rey Azuel de Córdoba, Avenceta rey de Sevilla y los demás reyes y príncipes, tras reunirse una gran multitud de caballeros y peones que había en el territorio de los agarenos, llegaron de nuevo a las ciudades de Toledo, causaron muchos estragos y muchos males en Escalona y en Alamín y tomaron el castillo llamado Mora por negligencia de Munio Alfonso.», en *Crónica del Emperador*, op. cit., lib. II, 141, p. 109.

57 «... no dejaba de hacer la guerra diariamente en el territorio de los moabitas y de los agarenos, hacía numerosísimas matanzas, incendios y saqueos, luchaba con muchos príncipes y caudillos de los moabitas y de los agarenos, los vencía y mataba y tomaba sus despojos.», en *ibidem*, lib. II, 143, pp. 109-110.

58 «...y mandó a todos los caballeros y peones que habitaban en todas ciudades y castillos que están en la Transierra que le obedeciesen. Igualmente le obedecían todos los guerreros de Extremadura entera, por su honradez y pericia militar demostrada en las numerosas batallas que con él hacían en el territorio de los musulmanes.» *Ibidem*, lib. II, 144, p. 110.

los alcoces de Toledo, Segovia y Ávila⁵⁹. A decir de la Crónica del Emperador, actuó de la manera obligada en este tipo de expediciones: fijó su campamento en un lugar que consideró adecuado y desde allí extendiendo los tentáculos de su violencia -robando, matando y haciendo prisioneros- dio a sus enemigos sobradas muestras de su capacidad militar y potencial de castigo. También los musulmanes actuaron de la forma acostumbrada. Por el relato de la susodicha crónica sabemos que uno de esos prisioneros logró escapar a sus captores y presentándose ante los príncipes de Córdoba y Sevilla -la Crónica les llama «reyes», sin duda con afán propagandístico, cuando en realidad son gobernadores- les notificó tanto el alcance de las agresiones cristianas como las dimensiones de su cabalgada. Con estas informaciones ambos decidieron poner en marcha el contraataque y para ello convocaron de forma urgente un ejército de «caballeros, peones y ballesteros» con el que persiguieron a los cristianos por los itinerarios que éstos acostumbraban a recorrer en sus caminos de vuelta. Reaccionaron con tal celeridad que consiguieron darles alcance en las inmediaciones de Montiel. Y fue en un paraje de matorral del susodicho término donde Munio Alfonso -que se manifiesta excelente conocedor del terreno- preparó la respuesta a la tropa que se le venía encima⁶⁰.

El modo de actuar de Munio nos es bien conocido y se corresponde, una vez más, con los protocolos al uso, aunque con alguna particularidad. Comenzó por encomendarse a Dios, a la Virgen y a Santiago, luego dividió la hueste de caballeros en dos ejércitos, les alentó al combate pese a la superioridad numérica de sus contrarios recordando anteriores experiencias vividas por algunos de los presentes en que esa superioridad cedió ante una decidida acometida cristiana y, por último, insistió -he aquí la

59 Véase la táctica de la expedición en Francisco García Fitz, *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI a XIII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998, p.168-169.

60 *Crónica del Emperador, op. cit.*, lib. II, 162, pp. 115-116.



novedad— en que, en cualquier caso, se mantuviera la cohesión del grupo alegando que era mejor para todos ellos «morir en el combate en un solo lugar que dispersos por aquí y por allá»⁶¹.

Los musulmanes, al llegar, hicieron lo propio: dispusieron las tropas en orden de combate, el sevillano Avenceta pronunció la consabida proclama y, él mismo, valorando erróneamente la inferioridad de los cristianos, tanto numérica como militar —no vio más pendón que el de Munio Alfonso— dio orden de ataque. Pero sus pretendidas superioridades pronto cayeron por tierra ante la decidida actuación de dos caballeros de Toledo. Ellos consiguieron abatir, matar y descabezar al caudillo musulmán. E, inmediatamente, la exhibición de su cabeza sembró la confusión entre los suyos y actuó como señal de desbandada⁶². En la huida encontró la muerte, así mismo, el rey Azuel —bajo la lanza de Munio Alfonso, precisa la Crónica—, siendo cortada su cabella. Con ellos perecieron algunos caudillos musulmanes más. Muchos combatientes de toda condición fueron apresados. El botín fue cuantiosísimo: «oro y plata, estandartes reales, vestidos valiosos, armas de muy buena calidad, corazas, cascos, escudos, caballos muy buenos con sus sillas, mulos, mulas y camellos cargados de numerosas riquezas»⁶³.

Tan brillante victoria y tan cuantioso botín merecieron reconocimiento general. Bien es cierto que el alcaide se encargó de pregonar sus éxitos convenientemente: organizó la entrada triunfal en Toledo por la puerta de Alcántara, exhibiendo los trofeos conquistados —los estandartes, las cabezas de los vencidos, los prisioneros y el botín—; asistió al *Te Deum* oficiado por el arzobispo don Raimundo con presencia de la Emperatriz en la iglesia de Santa María y, por último, comunicó la victoria al Emperador

⁶¹ *Ibidem*, lib. II, 164-165, p. 116.

⁶² *Ibidem*, lib. II, 166, p. 117. El cronista inserta el nombre de los dos caballeros toledanos que consiguieron el terminar con el sevillano. Se trataba de Pedro Alguacil y Roberto de Mongomariz.

⁶³ *Ibidem*, lib. II, 167-168, pp. 117-118.

que estaba en Segovia, saliendo a recibirle con sus despojos y botines para repetir con él la entrada triunfal en la ciudad⁶⁴.

Para terminar, el caudillo cristiano procedió a realizar dos operaciones más: el reparto del botín y la exhibición pública de sus trofeos en un escaparate idóneo. Por lo que se refiere al primer cometido actuó siguiendo las pautas acostumbradas, esto es recompensando la ayuda recibida de los patrones espirituales y temporales y distribuyendo el resto entre los combatientes⁶⁵. Por eso entre los grandes agraciados con la acción figuraron la catedral toledana que recibió el diezmo de los despojos y el rey que se benefició del quinto además de presentes escogidos entre los que figuraban los estandarte reales, caballos y mulas. También se reconoció con valiosos presentes a la iglesia compostelana la colaboración prestada por el apóstol Santiago en el campo de batalla. Por lo que respecta a la segunda tarea no hay noticias de que el comportamiento de Munio Alfonso fuera el más habitual y creo que debe ser puesto en correspondencia con lo extraordinario del triunfo, la jerarquía de los vencidos y lo enconado de la lucha entre musulmanes y cristianos. Y es que el alcaide mandó exhibir las cabezas de los caudillos musulmanes abatidos en lo alto de la ciudadela, con el propósito de mostrar a propios y extraños, la superioridad incuestionable del dios de los cristianos en los campos de batalla⁶⁶.

En este momento en que la manifiesta supremacía militar cristiana hacía prever una respuesta islámica contundente y a la

64 *Ibidem*, lib. II, 169-172, p. 118.

65 «Munio y sus compañeros dividieron lo demás entre sí según su costumbre.» *Ibidem*, lib. II, 173, p. 119.

66 «Munio Alfonso mandó colgar las cabezas de los reyes y las demás cabezas de los jefes militares y caudillos en la parte más alta de la ciudadela de Toledo, para que todos los cristianos, moabitas y agarenos tuviesen un testimonio manifiesto de la ayuda de Dios.» Días después la Emperatriz, movida a compasión mandó bajar las cabezas, ungir las, envolverlas en los mejores paños y enviarlas a Córdoba a sus esposas. *Ibidem*, lib. II, 174, p. 119. Sobre la crueldad en la guerra medieval véase Sean McGlynn, *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2009, 480 p.



desesperada, Alfonso VII encomendó al victorioso caudillo, junto con Martín Fernández, alcaide de Hita, una nueva y comprometida misión: combatir a los musulmanes desde la fortaleza de Peñas Negras⁶⁷, el castillo padrastro que el propio Emperador había construido para neutralizar las acciones militares organizadas por los enemigos desde la plaza de Mora, perdida, recordemos, por la dejadez de Munio Alfonso. Esas medidas y las que adoptaron, por su parte, los musulmanes reactivaron la guerra en los Montes de Toledo.

Y, en efecto, el mes de agosto de aquel año que prometía ser triunfal para los cristianos, resultó pródigo en contradicciones. Porque, mientras don Alfonso avanzaba hacia el Guadalquivir con objeto de devastar la campiña cordobesa, los musulmanes y, muy concretamente Farax, adalid de Calatrava, concentraba fuerzas en esta fortaleza y se disponían a reabastecer Mora. En este contexto tuvo lugar el último hecho de armas de la carrera de Munio Alfonso, el que le costó la vida. En atención a la importancia del episodio recordaré, aunque sea brevemente, sus más significativos momentos.

Intuyendo los caudillos cristianos que se urdían planes contra ellos desde Calatrava, acordaron que Munio Alfonso con cuarenta caballeros toledanos se acercara a la fortaleza enemiga. Así se hizo; los cristianos salieron antes del alba de Peñas Negras, se aproximaron a Calatrava, desplegaron sus destacamentos y sorprendieron en el campo a un musulmán ocupado, así mismo, en tareas de espionaje. Por él supieron que el alcaide Farax tenía ya ultimados los preparativos de la expedición con la que proyectaba reabastecer la fortaleza de Mora. Y antes de que el caudillo cristiano tuviera tiempo de estudiar la información obtenida,

67 *Crónica del Emperador*, op. cit., lib. II, 176, pp. 119-120. «El Emperador tras reunir a sus dos caudillos, a saber, a Munio Alfonso, alcaide de Toledo, y a Martín Fernández, alcaide Hita y de otras ciudades les dijo: «poneos al frente de este pueblo y territorio y defendeos en la plaza fuerte llamada Peña Negra, por sobrenombre Peña Cristiana, y tened cuidado no sea que vengan los moabitas y los agarenos y fortifiquen el castillo llamado Mora».

vislumbro las avanzadas de la expedición islámica y se tuvo que enfrentar, inexcusablemente, a ellas. A pesar de la improvisación Munio salió victorioso del encuentro y pudo volver a Peñas Negras para discutir con el otro caudillo las medidas a adoptar⁶⁸.

Entre los dos elaboraron el plan que consideran más conveniente: reunir todas sus fuerzas y salir al encuentro de Farax en un intento de impedir su avance y frustrar sus propósitos. Musulmanes y cristianos se encontraron en los pozos de Algodor donde tuvo lugar una primera confrontación con efectos devastadores para ambos bandos, y que si bien no arrojó resultados definitivos, si permitió a los cristianos conocer la situación de inferioridad en la que se encontraban⁶⁹.

En tal coyuntura Munió tomó las últimas disposiciones de su vida: aconsejó a Martín Fernández, que estaba herido, el retorno a Peñas Negras con sus hombres a fin de garantizar la seguridad de la plaza. Él se quedó con el resto para contener a los enemigos. Y como intuía que su vida llegaba al fin, ordenó también partir a un joven caballero, hijo de su mujer, con el encargo de que protegiera a la madre y a sus hermanastros⁷⁰. Después, subió a un risco llamado Peña del Ciervo e intentó resistir con los pocos hombres que le acompañaban. Vano empeño porque todos perecieron alcanzados por las flechas musulmanas⁷¹.

68 Estos hechos ocurrieron el primer día de agosto. *Ibidem*, lib. II, 179, p. 120.

69 *Ibidem*, lib. II, 180, p. 121.

70 *Ibidem*, lib. II, 181, p. 121. Singular dramatismo alcanza la última entrevista de Munio y su hijastro, porque el caudillo, «dándose cuenta de que la situación no le favorecía», se dirigió al joven en los siguientes términos: «Vete a Toledo, a casa de tu madre y cuida de ella y de mis hijos, tus hermanos. No quiera Dios que tu madre quede privada de ti y de mi en un solo día.» A lo que el caballero (había sido armado por Munio en la Pascua de ese mismo año) respondió: «No iré sino que moriré contigo». No pudo cumplir sus propósitos porque Munio, dándole con la contera de la lanza, le obligó a partir.

71 *Ibidem*, lib. II, 182, p. 121. «Una vez que Munio Alfonso vio que él y sus compañeros estaban completamente vencidos, subieron a un risco llamado Peña del Ciervo, y los arqueros le siguieron. El toledano Munio fue herido gravemente por los arqueros y murió; todos los caballeros que estaban con él murieron a su alrededor...».



El adalid Farax tuvo así ocasión de, en nombre del islam, cobrar la revancha de las afrentas por su comunidad, pocos meses atrás en las personas y los cuerpos de los caudillos Avenceta y Azuel de la mano del alcaide toledano. De modo que no dudó en cortar la cabeza del jefe y varios de los miembros del jefe de la tropa y en enviar una y otros como trofeos a los caudillos peninsulares y a África, al palacio del almorávide Taxufín. Para exhibirlo en la torre más alta de Calatrava guardó otros trofeos tales como las cabezas de los compañeros de Munio y algunos despojos del alcaide⁷². Se cumplía con estas medidas una ceremonia más de ese ritual trágico y reiterado que impregnaba la guerra de la frontera: golpe por golpe, afrenta por afrenta, propaganda y contra propaganda. Pero aún hay más, porque este último y definitivo episodio de la existencia de Munio sirve al cronista para darnos cuenta de algunos detalles de su biografía. Gracias a ellos podemos intuir cual era el perfil humano de las gentes de la frontera. Además de los pormenores familiares ya reseñados —con Munio en el campo de batalla estaba un caballero novel hijo de su mujer al que tuvo que forzar a regresar a Peñas Negras y en Toledo habían quedado otros vástagos suyos—, nuestra fuente nos informa ahora de que había tenido otra hija fruto de un legítimo matrimonio y que él mismo la había matado en castigo a sus devaneos amorosos⁷³. Y aunque el cronista confirma que Munio se arrepintió toda su vida del «gran pecado que cometió» e hizo penitencia, la memoria de aquel hecho le acompañó más allá de la muerte. Tanto es así que a aquella trasgresión de los mandatos caritativos⁷⁴ atribuyó la

72 «El brazo y el pie de Munio Alfonso y las cabezas de los demás caballeros los colgaron sobre una alta torre que hay en Calatrava.», en *ibidem*, lib. II, 183, pp. 121-122. Los toledanos cogieron los cuerpos de Munio y de los demás caballeros y los enterraron en el cementerio de Santa María de Toledo. *Ibidem*, lib. II, 184, p. 122.

73 Textualmente, «a causa de sus amoríos con un joven», en *Ibidem*, lib. II, 185, p. 122. Desconocemos si su madre era la misma señora que quedará viuda. Pero yo me atrevería a decir que no, pues por lo que se desprende del texto, el asesinato de la hija debió ocurrir mucho tiempo antes.

74 «No fue compasivo con su hija de la misma manera que el Señor era misericordioso con él en todas las batallas que emprendía...», en *ibidem*, lib. II, 185.

época el trágico final del héroe. Sabemos también porque nuestro informante así lo dice que en penitencia por su crimen quiso peregrinar a Jerusalén, pero que la intervención del rey consiguió que se conmutara la pena por la de actividad guerrera continuada hasta la muerte en los campos peninsulares.

Ahora bien; en términos estrictamente militares y dejando al margen los significados del asesinato de su hija, la lectura que de los acontecimientos podemos hacer nosotros es muy diferente a la que hizo la época. Porque de los pormenores de la acción se desprende que Alfonso VII no calibró, en absoluto, la capacidad de respuesta de los musulmanes de Calatrava y dejó en la frontera a los dos caudillos, sin duda aguerridos, pero con tropas insuficientes para la misión que les encomendó. Ellos y, en especial, Munio y los toledanos, actuaron conforme al código establecido desde atrás para los hombres de la frontera: aceptaron el reto y sirvieron a los intereses del Emperador con todas sus fuerzas hasta el sacrificio de su propia vida. Cumplía así, al decir del autor de la Crónica del Emperador, aquel gallego reconvertido en toledano, con la penitencia que le impusieron los clérigos por el pecado cometido contra su hija: combatir a los musulmanes de la Península hasta el final de sus días.

La nómica de aguerridos combatientes se podría alargar mucho más por parte cristiana y completar con la de sus oponentes musulmanes. Pero baste recordar, por la significación de su caso, el nombre de Tello Fernández, duque de Saldaña. Sabemos que había reconstruido y repoblado el castillo de Aceca⁷⁵ en la orilla derecha del Tajo, aguas arriba de Toledo y aguas debajo de Oreja, por entonces en manos musulmanas. Y sabemos también que contra esta posición se dirigió, en 1128, Texufoin, el gobernador almorávide, con un importante contingente de tropas y que puso sitio a la plaza y la tomó al asalto después de un día de combates. Las consecuencias de aquella conquista fueron dramáticas para

75 Véase en qué contexto se llevó a cabo la operación en Lomax, *op. cit.*, pp. 115-116.



los cristianos: el castillo fue destruido hasta sus cimientos, muchos cristianos, en torno a trescientos, «murieron a golpe de espada» y los que quedaron vivos, fueron hechos prisioneros. Entre estos últimos se encontraba Tello Fernández. Su destino sería trágico: conducido primero a Córdoba fue enviado desde allí «al otro lado del mar, al palacio de Alí y no regresó más a su lugar de nacimiento»⁷⁶. Se cumplían así las prescripciones y las enseñanzas del emir Alí: trasladar al otro lado del mar «a los guerreros cristianos, a los esclavos, niños, mujeres honorables y doncellas»⁷⁷.

CONSIDERACIONES FINALES

A) Como hemos tenido ocasión de comprobar, las fuentes medievales nos presentan a los combatientes de la frontera como varones —no se mencionan mujeres salvo en el papel de compañeras abnegadas o función de parientas obstaculizadoras, generalmente por malvadas, del proyecto varonil— con unos rasgos muy nítidos: —Esas fuentes, como no podía ser menos, destacan sobre cualquiera otra característica, la dedicación continuada de estos hombres a la actividad militar. Y justifican esa dedicación en exclusiva a la guerra, en la singularidad del enfrentamiento con el musulmán. Un enfrentamiento que, tras las experiencias del primer milenio, se presenta, a la consideración de ambas partes, como irresoluble por vías de pacto.

—De modo que, a su vez, la dedicación de por vida a la guerra se considera la escuela más acreditada en la capacitación del combatiente fronterizo. La sabiduría, adquirida y probada en encuentros masivos y escaramuzas de tanteo, sobre unos escenarios en perpetua transformación y con unos interlocutores que cambian de rostro y proyecto político, convierte a nuestros personajes en los más fiables garantes de los intereses de la política cristiano-musulmana.

⁷⁶ *Crónica del Emperador Alfonso*, *op. cit.*, lib. II, 109, pp. 99-100. La noticia está también en los *Anales toledanos II*, *op. cit.* p. 110.

⁷⁷ *Crónica del Emperador Alfonso*, *op. cit.*, VII, lib. II, 103, p. 98.

O dicho en los términos que corresponden a la óptica de nuestros protagonistas; esa experiencia tan costosamente lograda justifica el papel que tantas veces se arrogaron en la toma de decisiones, ya en las relativas a directrices generales, ya en las puramente estratégicas o tácticas.

—Y aún cuando se alabe, de continuo, el aliento luchador de estos hombres, es en las horas sombrías cuando su constancia en el empeño bélico despierta mayores admiraciones. Porque también los cronistas, en el ejercicio de su función, han extraído consecuencias y han concluido que la clave del éxito en el proyecto de recuperación de España estaba en aprovechar los tiempos fastos de fortaleza interna para proseguir el avance hacia el Sur y organizar la resistencia en las etapas de debilidad y vacío de poder. De modo que no dudaron en presentar a estos hombres como los más eficaces valedores de la seguridad colectiva, valedores heroicos porque prosiguieron en su empeño incluso cuando la amenaza se cernía sobre sus propias vidas.

—Sin embargo la escrupulosidad y el rigor con la que muchos de ellos cumplieron e hicieron cumplir un particular código ético basado en la prioridad absoluta de los intereses de la confrontación material e ideológica con el enemigo —«el otro», tanto desde la óptica de los del norte como desde la visión de los del sur— les convirtió en paradigmas de rudeza. Porque al constituirse en baluartes del edificio ideológico sobre el que se mantuvo el empuje bélico fue relativamente habitual que exhibieran conductas inclementes hacia los rivales e incluso hacia los allegados que osaron desviarse de los cánones por ellos establecidos. Pero como también en la rectificación se atuvieron a esquemas cristianos —el ejercicio de las armas contra los enemigos de la fe y la fundación de instituciones religiosas—, los cronistas encontraron la excusa perfecta para mostrarles como modelos de pecadores arrepentidos.



B) En definitiva, a la vista de esas informaciones estamos autorizados a concluir que los hombres de la frontera han conformado, con sus armas, sus formas de combate, sus modos de vida y sus esquemas axiológicos, un modelo humano singular del que sus contemporáneos valoraron rasgos tales como la iniciativa en la acción, la perseverancia ante la adversidad y el heroísmo aún a costa de la propia vida. Y las valoraron muy positivamente porque comprendían que estaban prestando un servicio impagable a sus comunidades, amenazadas y, aún, en riesgo de extinción.

—Por todo ello estamos autorizados a suponer que fueron las circunstancias extraordinarias que acompañaron sus vidas y la entrega generosa de sus existencias a intereses de dimensión colectiva, las que les procuraron las actitudes comprensivas y tolerantes de las gentes de su época —y, muy concretamente, de sus biógrafos— hacia unos comportamientos y conductas de lo más incomprensivo e intolerante para con adversarios y deudos.

C) Pero eso no es todo; podemos ir más allá y añadir que con esa dedicación en exclusiva al ejercicio de las armas, encontraron un medio de vida y una forma de promoción social.

—Un modo de vida que les permitía, aunque fuera esporádicamente y en cuantía muy variable, lucrarse con esos ingresos extraordinarios que proporcionaba el reparto de los botines.

—Una promoción social que llevó a muchos a adelantar puestos en el escalafón social. Más aún, podemos entender que al traducirse las empresas de aquellos soldados en éxitos militares que además de garantía y seguridad, reportaron beneficios materiales inmediatos a sus comunidades, éstas les remuneraran de varias maneras. Desde luego consintieron de buena gana el acrecentamiento de los recursos económicos, pero además, no parece que opusieran excesiva resistencia a una promoción que permitió a muchos de ellos disfrutar personalmente y transmitir a sus herederos estatutos privilegiados y a alguno, hasta llegar a instalarse en los círculos nobiliarios.

—E, incluso, ahondando en el marco de los esquemas de valor apuntar que gracias a que aquellos que más destacaron cosecharon

tanta fama que lograron, no solo inscribir sus nombres en el catálogo de los héroes, sino, además, convertir su línea de conducta en modélica y ciertas decisiones muy concretas en referentes de comportamiento, han llegado hasta nosotros sus nombres y sus biografías. Porque, ya lo hemos visto, cuando en el siglo XIII los cronistas cristianos consideraron que había llegado el momento de hacer balance del periodo iniciado con la «pérdida de España» tuvieron la oportunidad de calibrar la contribución de los hombres de la frontera al proceso de recuperación cristiana y debieron determinar entonces que sería conveniente dejar constancia de ello para enseñanza de generaciones posteriores.

CONCLUSIÓN

Las valoraciones que hicieron los susodichos cronistas, naturalmente, aplicando sus propios esquemas de pensamiento, no son muy diferentes de la que podemos hacer nosotros.

Y es que si las actitudes y modelos de conducta de nuestros personajes pueden parecer reprobables desde una óptica contemporánea, sus éxitos en el terreno militar no admiten discusión. Ellos fueron los que sostuvieron el aliento bélico en tiempos de desaliento general. Ellos los que evitaron lo que en muchos momentos parecía inevitable, esto es, el desmoronamiento de la frontera. Ellos los que alimentaron esperanzas en épocas de incertidumbres y sombríos presagios. Y ellos, en fin, los que consiguieron, mantener en lo esencial el área geográfica heredada de sus inmediatos antecesores.

Lo lograron mal que bien, en un alarde de tenacidad y sabiduría militar. Derrocharon aguante para encajar los reveses y pericia y arrojo para improvisar las réplicas. Demostraron ser capaces tanto de prevenir los golpes más peligrosos, como de atemperar los efectos de los que no pudieron evitar. Y, los cristianos, en concreto, una entereza moral que conmueve, porque eran conscientes



de que arriesgaban no solo fortuna y vida, sino padecer el más cruel de los cautiverios deportados en África; cautiverio del que, les constaba, difícilmente podrían redimirse.

Pero tal vez lo más significativo fue la capacidad que demostraron de acomodarse a unas situaciones que nunca dejaron de cambiar. Porque en un tiempo caracterizado por la equiparación de los contendientes en armas, técnicas y medios organizaron y reordenaron el territorio, una y otra vez, para acomodar los recursos arquitectónicos y humanos de que fueron disponiendo a los sucesivos trazados de la frontera. Como todo ello lo desempeñaron unas veces en circunstancias muy adversas, otras en total soledad respecto a sus retaguardias y siempre, lo repito, a riesgo de perder la libertad o la vida, no nos puede extrañar la admiración de sus contemporáneos por su resistencia física y temple psicológico y hasta su condescendencia a la hora de excusar sus faltas.

También influyeron en el orden político, porque al mantener inmutable una línea de conducta demostraron, como no lo hizo ningún otro grupo social, que habían sabido captar el signo de los tiempos y tomar las mejores decisiones para el conjunto de la comunidad.

Por todo ello merecieron alcanzar las cumbres de los héroes y, alguno incluso, llegar a la categoría de mito. De modo que, a mi parecer, no es excesivo afirmar que también tuvieron decisiva influencia y proyección en la vertiente socio-ideológica. Ellos y sus panegiristas van levantando el orgullo de la función y el servicio sobre la vanagloria de la sangre y la estirpe.